

Seminario Concordia
 C. Corzo 5.
 1655 J. L. Cordero
 Bs. As. - Arg.

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO :

	Página
Después del Concilio	1
Las causas de la Reforma.....	9
Bosquejos del Antiguo Testamento.....	20
El nacimiento de "La Muerte de Dios".....	24
<i>Sermón:</i> Yo he visto un milagro	32
Bosquejos para Sermones.....	39
Bibliografía.....	48

Publicado
 por
 La Junta
 Misionera
 de la
 Iglesia
 Evangélica
 Luterana
 Argentina

dos con los medios (Ciaxares) propinaron al gigante tambaleante el golpe mortal y descargaron sobre Nínive la Orgullosa todo el furor acumulado durante un siglo de opresión.

Nabucodonosor, el hijo de Nabopolasar, fue la nueva, pero también la última figura dominante de todo el mundo semítico. Fue fundador del nuevo imperio babilónico, o sea el caldeo, y bajo su régimen el poder semítico se irguió una vez más en todo su esplendor, pero a partir de entonces entró en decadencia. Las obras arquitectónicas efectuadas por Nabucodonosor en Babilonia, con sus grandes murallas y sus jardines colgantes, hicieron de esta madre de la civilización semítica una de las maravillas del mundo antiguo.

—Fin de la Nota—

(Continuará con la Octava Parte de la Segunda División)

EL NACIMIENTO DE “LA MUERTE DE DIOS”

James Warwick Montgomery, en un extenso artículo publicado por la revista “The Springfielder”, hace un análisis de esta nueva “ciencia telógica” de nuestros tiempos que se titula a sí misma como “teotanatología” y que ha causado mucho revuelo aun entre revistas seculares. En realidad no se trata de teología, porque este movimiento usa como punto de partida de sus teorías “la renuncia de Dios” como fenómeno “natural” de nuestros días, y sobre esta premisa construyen sus teorías. Presentamos a nuestros lectores, en forma condensada, la crítica que de este movimiento hace el autor Montgomery.

La Redacción

Cinco nombres quedan asociados con el nuevo “ateísmo cristiano”: Gabriel Vahanian, un calvinista de origen francés que en 1961 con su libro “The Death of God” (la muerte de Dios) dio a este movimiento su nombre; el bautista Harvey Cox de la Harvard Divinity School que con su obra “The Secular City” ganó cierta fama; Thomas J. J. Altizer, un lego episcopal de la facultad de Emory, cuyo próximo libro llevará el título “The Gospel of Christian Atheism”; William Hamilton de Colgate

Rochester, un bautista conocido por su libro "The New Essence of Christianity"; y Paul van Buren, un sacerdote episcopal que enseña en el departamento de religión de la Temple University, que hizo su doctorado bajo Karl Barth y que en su libro "The Secular Meaning of the Gospel" llevó el movimiento de la "muerte de Dios" a sus consecuencias más extremas. Los primeros de estos cinco hombres, i. e. Vahanian y Cox, son considerados como "más conservadores" mientras los otros tres, Altizer, Hamilton y Van Buren son llamados "los radicales duros".

Vahanian usa la expresión "la muerte de Dios" no en sentido literal sino metafórico-literario, con lo cual quiere indicar que la realidad de Dios, sea que esta exista o no, ha llegado a ser indiferente para el hombre moderno que está convencido de que el Dios trascendente no puede ser objetivado. Dios es el "completamente otro". No podemos asumir más que Dios existe, pero podemos otra vez comprender que él debe ser.

Harvey Cox, que considera las historias de la creación, del éxodo de Egipto y del Sinaí como mitos, cree que el Dios trascendente se manifestará por el arte, los cambios sociales y por lo que él llama la "I-You partnership", la relación Tú y yo, por lo cual tal vez se nos revelará un nuevo nombre para lo trascendental. Por eso Cox aconseja que la palabra "Dios", que tal vez haya excedido su utilidad por su asociación con idolatrías antiguas, no sea usada más hasta que emerja un nuevo nombre. Esto no debiera extrañarnos, ya que Dios es un Dios oculto. Aun en Jesús Dios queda oculto. La vida moderna-urbana sería el vehículo (los "medios de gracia") por el cual en nuestra era el hombre podrá ser librado de la servidumbre de dioses inferiores y encontrar otra vez al Ser Trascendente.

Ambos, Vahanian y Cox, están de acuerdo en que Dios no se manifiesta por la Palabra sino por los ritmos de la vida secular de nuestro tiempo.

Con Altizer entramos al radicalismo más pronunciado donde se afirma apasionadamente la "muerte de Dios" como un suceso real (aunque dialéctico). Sus estudios lo llevaron al contacto con las religiones del oriente y él llegó a la conclusión de que los impulsos básicos del cristianismo y del budismo ateo son idénticos, porque según su criterio ambas religiones tratan de librar al hombre de toda dependencia del mundo fenomenal. Allí (en el budismo) existe según Altizer un paralelo signifi-

cativo con el reino cristiano de Dios que está "en el mundo" pero no "es del mundo".

Para su desarrollo del método dialéctico aprendió mucho de Karl Barth y de su doctrina de Dios como un ser totalmente trascendente que no puede ser representado adecuadamente por una idea humana, como también antes ya de Sören Kierkegaard. Con respecto a Paul Tillich, Altizer dice que éste "podría hacerse un nuevo Lutero si hubiese extendido su principio de la justificación por medio de la duda a la afirmación teológica de la muerte de Dios". "Solamente cuando Dios está muerto, puede comenzar un nuevo ser en cada momento presente". Por eso Altizer exhorta a los cristianos radicales a "rebelarse contra las iglesias cristianas y sus tradiciones", a "desafiar la ley moral de las iglesias identificándola como ley satánica de represión y compulsión heterónoma". Como "cristianos espirituales y apocalípticos" ellos deben "creer solamente en el Jesús de la era tercera del Espíritu, un Jesús que no debe ser identificado con el Jesús histórico, sino que se conoce más bien aquí en una forma nueva, más comprensiva y universal, una forma que actualiza la promesa escatológica de Jesús". A esto llegamos "cuando aceptamos la muerte de Dios como un evento final e irrevocable".

Para William Hamilton llegó el año pasado la decisión para afirmar la muerte literal de Dios. Su nueva posición puede concretarse en los tres puntos siguientes: 1. Dios está realmente muerto. La dialéctica neo-ortodoxa entre el Dios presente y ausente se ha derrumbado. 2. "Debe hacerse una elección libre de seguir al hombre Jesús en obediencia para estar allí donde él está." 3. "Un nuevo optimismo dirá "sí" al mundo de los cambios rápidos, de las nuevas tecnologías, de la automatización y de los medios de las masas". Los últimos dos puntos se aclaran tomando en cuenta la siguiente exposición de Hamilton: "Jesús puede esconderse en el mundo, en el vecino, en esta lucha por la justicia, en aquella lucha por belleza, claridad, orden. Jesús está en el mundo como disfrazado. Más bien, hazte un Cristo para tu vecino, como Lutero lo estableció." "Caminando por este camino significa que confiamos en el mundo, no en Dios, el que cumplirá con nuestras necesidades y resuelve nuestros problemas, y Dios, si con todo tiene que existir para nosotros, debe venir en otro papel". Entretanto "el hombre moderno secular debe madurarse apartándose de la cuestión angustiosa por salvación

del pecado hacia una posición confiada, optimista, secular en el mundo, en la ciudad, junto con el vecino indigente y el enemigo". Así la relación ortodoxa entre Dios y el prójimo es invertida: "Nos movemos hacia nuestro prójimo, a la ciudad y al mundo fuera del sentimiento de la pérdida de Dios." "El hombre, no Dios, se hace el centro del foco mientras que esperamos en oración por la epifanía de un Dios de delicia."

La posición actual de Van Buren que él mismo caracteriza como "ateísmo cristiano" está expuesta en su libro "The Secular Meaning of the Gospel" (El significado secular del evangelio) donde al comienzo, para demostrar la vacuidad de sentido de las afirmaciones concernientes a Dios, cita la siguiente parábola:

"Un día dos exploradores llegaron a un claro en la jungla. En este sitio crecían muchas flores y plantas y un explorador dijo: «Cierta jardinero debe cultivar este sitio.» El otro se opuso afirmando que aquí no hay jardinero. Así arreglaron sus tiendas esperando. No se presentó ningún jardinero. «Pero tal vez el es un jardinero invisible». Entonces pusieron un cerco de alambrado de púas y lo electrizaron. Lo patrullaron con perros sanguinarios (porque se acordaron de como el »hombre invisible« de H. G. Wells podía ser olfateado y tocado aunque no podía ser visto). Pero no se oyeron gritos que surgiera que algún intruso podría haber recibido una descarga. Ningún movimiento del alambrado delató la presencia de un trepador invisible. Los perros nunca ladraron. Pero todavía el creyente no estaba convencido. »Aquí hay un jardinero invisible, intangible, insensible a descargas eléctricas, un jardinero que no tiene olor y no hace ruidos, un jardinero que viene secretamente para cuidar el jardín al que ama«. Al final el escéptico desespere exclamando: »¿Pero qué queda de tu afirmación original? ¿Cómo se distingue lo que tú llamas un jardinero invisible, intangible, eternamente falaz, de jardinero imaginario o aun de un jardinero no existente?"

Si las afirmaciones metafísicas, trascendentales sobre Dios —así concluye Van Buren— literalmente carecen de sentido, ¿cuál es entonces su valor verdadero? El valor real de estas afirmaciones de fe puede obtenerse únicamente si se las transmite a términos humanos, y a esta operación dedica la parte concluyente de su libro. En una entrevista con un reportero del New Yorker lo describió así: "Estoy tratando de argumentar de que en el

cristianismo se trata fundamentalmente del hombre, de que su terminología sobre Dios es un camino —un camino pasado entre muchos otros caminos— de decir lo que la cristiandad desea decir sobre el hombre, la vida humana y la historia humana”.

Esta traducción del lenguaje de Dios al lenguaje del hombre debe ser llevada a cabo particularmente con referencia a la figura central del cristianismo, Jesús de Nazaret:

“Lo que los autores del Nuevo Testamento dicen sobre Jesús en términos divinos o términos casi divinos —Hijo de Dios, etc.— lo trato de entender sobre un nivel natural o humano para descubrir cómo las referencias a lo absoluto y sobrenatural se usan al expresar sobre un nivel humano el entendimiento y las convicciones que los autores del Nuevo Testamento tuvieron con respecto a su mundo. Porque en la mayoría de los casos cuando hablan de los eventos en la historia de Jesús, ellos están usando estos amplios términos cosmológicos. Cuando un hombre del primer siglo quería afirmar que a cierta persona le había sido dado un conocimiento profundo de lo que es la vida humana en su verdadero significado, casi normalmente habría dicho: «Este hombre es divino»”.

Van Buren reconoce que tal interpretación secular del evangelio subsiste o cae con la interpretación del lenguaje relacionado con Pascua. ¿Cuál es esta interpretación?

“Jesús de Nazaret era un hombre libre en su vida propia que atraía seguidores y producía enemigos conforme a la dinámica de su personalidad y en una manera comparable con el efecto que causaron otras personas «libradas» en la historia sobre la gente de sus alrededores. El murió como resultado de la amenaza que tal hombre libre significa para hombres inseguros y sujetos. Sus discípulos quedaron no menos inseguros y sujetos. Dos días más tarde, Pedro y después los demás discípulos experimentaron una situación de discernimiento en la cual Jesús, el hombre libre a quien habían conocido ellos mismos, y en realidad todo el mundo, fue visto en una manera completamente nueva. Desde aquel momento en adelante los discípulos comenzaron a poseer algo de la libertad de Jesús. Su libertad comenzó a ser «contagiosa»”.

Tal es a grandes rasgos el movimiento “de la muerte de Dios”. Para todos estos sepultureros del absoluto, la posición vacante de Dios en el escenario teológico es reemplazada por el

hombre —el hombre literario (Vahanian)— el hombre urbano (Cox), el hombre místico (Altizer), el hombre social (Hamilton), el hombre ético (Van Buren). Muchas protestas se han publicado contra estas exposiciones, y se trató de erigir a base de la filosofía un baluarte en defensa contra el "ateísmo cristiano". La respuesta de la neo-ortodoxia puede resumirse así: "La verificación de todo lo que decimos sobre Dios se realiza en la vida de fe, vivida por la comunidad cristiana; y de esta experiencia viviente brota el uso y la realidad de su lenguaje de Dios."

Uno de los errores básicos de los teotanatólogos (sepultureros de Dios) es que ellos asumieron que el cristianismo puede ser modificado de tal modo que sea universalmente aceptable para el hombre moderno mientras que todavía quede fiel a sí mismo. De esto resultaron las tentativas de demostrar que las afirmaciones sobre Dios carecen de sentido a menos que sean transferidas o traducidas a afirmaciones sobre el hombre.

Toda la cuestión de la muerte de Dios no depende, sin embargo, del hecho de que religiones no-cristianas o teólogos protestantes contemporáneos hacen afirmaciones vacías de sentido sobre la existencia de Dios, sino del hecho de si el cristianismo bíblico puede ser sometido a este criticismo. Van Buren tiene razón cuando centraliza la atención en el cuadro de Jesús en el Nuevo Testamento, y especialmente en su resurrección, pero es también en este mismo punto donde falla el análisis de Van Buren. La afirmación del Nuevo Testamento de la existencia de Dios (el jardinero divino en la parábola) no es un postulado fuera del campo de pruebas empíricas. Todo lo contrario. El Jardinero entró en el jardín (el mundo) en la persona de Jesucristo, demostrándose como tal con "muchas pruebas indubitables" (Hech. 1:3). El informe de la resurrección provee la evidencia más decisiva del foco empírico de las afirmaciones bíblicas de que "Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo consigo mismo". En 1. Cor. 15 el apóstol establece explícitamente que las afirmaciones sobre Dios, basadas en la resurrección de Cristo, de ninguna manera son carentes de sentido: Después de haber citado los nombres de testigos oculares que habían tenido contacto con el Cristo resucitado, y haciendo notar que más de 500 hombres lo habían visto de los cuales muchos todavía vivían, Pablo dice: "Si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis

en vuestros pecados." Los primeros cristianos estaban bien dispuestos a sujetar sus creencias religiosas a prueba concretas y empíricas. Su fe no era una fe ciega, sino sólidamente basada en la realidad empírica.

El Dios proclamado por la Biblia como habiendo entrado por Jesús en el mundo empírico, no está muerto aunque se hicieron tentativas obvias de asesinarlo usando las armas mortales de métodos (o prejuicios) reduccionistas, humanistas. Pero los que asesinaron a Dios por un supuesto interés en el hombre tuvieron siempre las consecuencias exactamente opuestas a las que anticiparon, tal como nuestro Señor lo indicó diciendo: "Todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará".

Como destacamos en otra oportunidad, cada uno de los pensadores de la muerte de Dios fue profundamente influenciado por la orientación dialéctica de la neo-ortodoxia. Esta dialéctica del "sí y no" de la neo-ortodoxia no puede decir nada y el resultado obvio es la muerte de Dios. Para las ideas teológicas contemporáneas, la Biblia no sería más errónea si no hubiera Dios; la resurrección de Cristo en la teología de Karl Barth no sería más indemostrable si Dios no existiese; y el "principio protestante" de Tillich haría de Jesús un ser no más cenótico si no hubiera "un fondo de todo ser". Las afirmaciones sobre Dios en la corriente principal de teología del siglo XX son compatibles con cualquier cosa y toda cosa y por eso pueden ser dispensadas como vacías de sentido. Dios muere y solamente queda el hombre secular.

Esta situación alarmante es el resultado directo de la negación de reconocer el poder de Dios de revelarse a sí mismo sin calificaciones aquí en la tierra. El antiguo aforismo calvinista, "finitum non capax infiniti", permitió oscurecer el énfasis central bíblico en la encarnación de Dios y en su capacidad de hablar la Palabra de verdad por palabras humanas. La Biblia no presenta a Dios como el trascendente y vago "completamente otro" de Rudolf Otto o como el indescriptible "ser en sí mismo" de Tillich, sino como el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, que a través de toda la extensión de la revelación escritural habla la verdad inerrante a los hombres y entra manifiestamente en el jardín de este mundo en Jesucristo (Juan 20:15). Para la cristiandad ortodoxa que acepta sin asustarse a un Salvador mila-

groso y una Escritura sin errores, la existencia de Dios hace una diferencia en el mundo, porque solamente a base de su existencia la revelación puede ser explicada. La teología principal protestante que ha perdido en los días del liberalismo su doctrina de la revelación e inspiración y que nunca la ha recuperado, ahora se encuentra incapaz de demostrar por qué con todo Dios es necesario.

La evidencia final y mejor de la existencia de Dios está en su Palabra —en el sentido triple de Cristo, del evangelio proclamado por Él, y de la Escritura infalible que lo presenta—. La historicidad de la resurrección, la realidad de los milagros bíblicos, la consistencia interna del Testimonio sagrado y su falta de errores empíricos: esto debemos sostenerlo firmemente, o el Dios de las Escrituras se desvanecerá también para nosotros en una trascendencia nebulosa, y eventualmente desaparecerá. Por otra parte, si mantenemos la doctrina de la revelación histórica de Dios por medio de la Biblia inerrante, encontraremos que en una época de debilidad teológica casi universal, seremos capaces de presentar un Dios que significa todo para una época que desesperadamente necesita la gracia divina. El único Dios viviente es el Dios de la Biblia, y también por causa del hombre secular nunca debemos olvidarlo.

Resumen de F. L.

¿SABIA USTED QUE...?

Sabía Ud. que en los años 1961 - 1964, los últimos cuatro años bajo Chruschtschow, fueron clausuradas en Rusia 10.000 iglesias y docenas de conventos, contra la voluntad de los feligreses? Varios obispos de la Iglesia Ortodoxa en Rusia protestaron contra tal arbitrariedad del estado quejándose al mismo tiempo de la inactividad de la dirección de su iglesia que no intervino para impedir tales atropellos. En su nota de protesta manifestaron finalmente que por desgracia no existe libertad para la iglesia ortodoxa.

F. L.